



El mundo sin cielo

Jesús Salvador Giner

jsginer@gmail.com

¿Qué sería la Tierra sin el cielo estrellado? Si las nubes cubrieran permanentemente el firmamento y sólo dejaran ver, durante el día, un pálido reflejo solar, y por la noche únicamente un manto de humedad condensada, que impidiera la visión del más allá, el planeta ya no sería el mismo

¿Qué sería la Tierra sin el cielo estrellado? Si las nubes cubrieran permanentemente el firmamento y sólo dejaran ver, durante el día, un pálido reflejo solar, y por la noche únicamente un manto de humedad condensada, que impidiera la visión del más allá, el planeta ya no sería el mismo. Sin su (a veces) límpida atmósfera, que trasluce las luces estelares, nos estaría vedado un espectáculo natural que todo ser consciente merece disfrutar.

A veces pienso en Venus, el brillante planeta que suele abrir o cerrar los días, que nunca se aparta demasiado

del Sol y cuya luz pura parecía transmitir, a los antiguos hace miles de años y a nosotros hoy, la sensación de observar un mundo de belleza y virginidad inigualables. Como sabemos ahora, su resplandor terso e inmutable esconde, no obstante, una superficie abrasada y estrujada, un ambiente aterrador e insoportable. Además, su espesa atmósfera (con temperaturas que licuan el estaño y presiones que aplastan hasta los ingenios espaciales que hemos enviado allí), impide ver nada más que el disco dorado solar, entre nubes de ácido sulfúrico, que cubren el firmamento a perpetuidad, gases nocivos y



(IMAGEN: STÉPHANE GUISSARD, APOD del 12 de octubre de 2009 <http://apod.nasa.gov/apod/ap091012.html>)

tinturas de pesadilla. En Venus nunca habría astrónomos, ni Astronomía; de vivir algo inteligente en su tierra inflamada (extremo descartable por razones obvias) puede que nunca hubiese pensado en otras civilizaciones allende los límites de su propio mundo, ya que en buena parte son las estrellas y la oscuridad infinita las que, probablemente, generan estos pensamientos.

¿Qué sería de nosotros, los seres humanos, sin el cielo? ¿Hasta qué punto seguiríamos siendo “humanos” si no hubiese nunca cielo que contemplar? En la actualidad son sólo unos pocos los que se detienen a mirarlo, a pensarlo y disfrutarlo; la sociedad moderna enseña cosas ‘mejores’ que la contemplación celeste, todos sabemos cuáles son. Se trata de vivir rápido, muy rápido, consumir, trabajar, descansar, siempre viviendo rápido, para continuar con un nuevo ciclo, día a día. Sin pausa, sin otra cosa que pensar. Y sin escapatoria. Pero en las culturas antiguas el cielo estaba muy presente, tanto que no sería descabellado suponer que gracias a los astros (el Sol, la Luna, estrellas y planetas, y demás maravillas) la naturaleza humana llegó a ser lo que es. Cómo debieron influir aquellos en nosotros, hasta qué punto marcaron nuestro desarrollo (más allá de sus aplicaciones prácticas en forma de calendarios y demás) y nuestra idiosincrasia, quizá nunca lo sepamos, pero la ciencia y la tecnología, y mucho antes la filosofía y la religión, bebieron de la fuente permanente de misterio, interrogaciones y perplejidades que la contemplación del Cosmos proporcionaba.

Suelo preguntarme, y no creo que sea una pregunta disparatada (o no totalmente, por lo menos), cuán humanos son aquellos individuos que nunca han echado un vistazo al cielo, un vistazo de verdad. Y por “vistazo” entiendo coger una hamaca y, en plena noche veraniega, sentarse sin abrir la boca, en compañía de ti mismo y el Universo, y dejarse llevar por la infinitud, la danza de los astros y la ausencia del tiempo.

Si no observamos el firmamento, una parte de nosotros muere. La parte, precisamente, que nació hace muchos miles de años cuando miramos hacia arriba y empezamos a cuestionarnos por lo que veíamos. Se trata de un vestigio de nuestra antigua particularidad como

especie, que también poseemos (y expandimos) cuando somos niños, ansiosos por encontrar respuestas a sencillos enigmas cotidianos o grandes incógnitas cósmicas. Posteriormente, quizá por el exceso de (in)formación banal a lo largo de los años escolares, ese “espíritu del mirar hacia arriba” comienza a desdibujarse, a perder su identidad, y queda reemplazado por otros, más afines a pantallas de cristal líquido, entre otros de calaña similar. Qué pena.

Debe (es un decir) haber mundos cuya atmósfera impida la contemplación del firmamento nocturno a seres inteligentes como nosotros; tal vez, por su curiosidad innata, o porque su razón (o imaginación) les incita a ello, construyan artilugios para sortear las nubes (o cualesquiera otros obstáculos que padezcan), y así, poder observar esa gran gavota de estrellas en movimiento perpetuo.

Nosotros no lo necesitamos; tan sólo hay que “mirar hacia arriba”, aquí y ahora, y seremos (seremos de nuevo) humanos. Aprovechemos la ventaja de una transparente atmósfera y dirijamos las testas a lo alto: la luz de las estrellas nos hace guiños, señalando la presencia del mayor de los misterios.

Es el momento de volver a lo que hacían nuestros antepasados, en la cuna de la civilización humana, y lo que aún hacen todos los niños: sentir curiosidad, mirar, sorprenderse, preguntar y no dejar nunca de intentar hallar una respuesta, por frágil que sea, a los enigmas que, a diario, nos plantea este Cosmos gigantesco y mágico.